

Y sueñas que nunca tu alma
Pesares albergará.

Si eres feliz ¿por qué lloras
Tu juramento al sellar,
Ahogando el sí de tus labios
De tu llanto en el raudal?...
¡Ay! la ilusión de tu pecho
Has trocado en realidad
Y, sin embargo, no cesas,
No cesas de suspigar;
Y el alma ansiando otros goces
Te pregunta con afán:
¿Donde está la dicha humana?
¿Donde está?

Sabio que, en eternas noches
De vigilia y de ansiedad,
De un astro desconocido
Sigues la huella fugaz:
Bien hayas si el negro velo
De la ignorancia al rasgar
Consigues que de la ciencia
Brille la luz inmortal.

Mas, ¿quién premiará tu anhelo?
Tus ansias, ¿quién premiará,
Sí, á tu vista, indiferente
Camina la humanidad?...
Tal vez mañana á tu nombre
Estátuas levantarán
Los mismos que tantas veces
Te obligaron á exclamar:
¿Donde está la dicha humana?
¿Donde está?

Guerrero que conseguiste,
Por tu arrojo sin igual,
El laurel de la victoria
En las lides alcanzar,
Cuando el humo del combate
Ocultaba al sol la faz
Por no ver, de sangre humana,
El valle trocado en mar;
Si del oscuro soldado,
En tierra exanime ya,
Escuchaste el «¡madre mía!»
Que murmuró al espirar;
Y al recuerdo de tus hijos
Que te esperan con afán
Las lágrimas empañaron
De tus ojos el cristal,
Despreciando tus laureles,
¿No llegaste á murmurar:
Dónde está la dicha humana?
¿Donde está?

La dicha humana, una sombra,
Una sombra es nada más;

Flor que nunca alza su tallo
De la vida en el erial,
Eco que vaga perdido
Del mundo en la inmensidad,
Sol cuyos rayos no llegan
Á nuestros ojos jamás;
Sólo al poner nuestra planta
Del sepulcro en el umbral,
Cuando remonta su vuelo
El alma á la eternidad,
Un ángel baja entre nubes
Nuestros ojos á cerrar,
Y, mostrándonos del cielo
La esplendida claridad,
Nos dice: ¡allí está la dicha!
¡Allí está!

CARLOS CANO.

UNA AVENTURA DE CHER-ALÍ

EL escritor francés Ernesto Lavigne publica en *la Liberté* un interesante artículo sobre el emir de Cabul. El asunto es de gran actualidad, y su autor es tanto más competente, cuanto que ha vivido durante largo tiempo en Cabul, gozando de la amistad del mismo Cher-Alí, quien le refirió la historia que extractamos á continuación:

Existe al Norte de Cabul un vasto país de estepas, campos incultos, llanuras infinitas, habitados por los nómadas kirghizes. En la época á que nos referimos (hace algunos doce años) el dominio de estos desiertos pertenecía á un khantártaro, conocido con el nombre de Davud. A los noventa años éste, cuya descendencia había sido numerosa, no tenía mas que una hija, la princesa Emineh, y dos hijos ardientes en las batallas, juguetones y crueles como leoncitos, y los cuales eran á la vez el gozo y la desesperación de su padre.

Un día de invierno, en que una especie de sombrío espíritu cerníase sobre la estepa, y un viento furioso soplaba por la extensión cubierta de nieve, los dos caballeros salieron juntos á la caza. Pero apenas se hallaron fuera de sus tiendas, la influencia atmosférica penetró sus almas; pensamientos funestos oprimieron sus corazones, y habiendo entablado una disputa acerca de una mujer, se acometieron mutuamente con tanta furia, que ambos fueron víctimas de la refriega.

La princesa Emineh quedó, pues, heredera de aquel inculto país, y el anciano Davud trataba de mitigar sus penas, dando á su hija los tiernos dictados de «Dulce luz,» «Consuelo de mis ojos,» etcétera, etc. Pero la tranquilidad del pobre anciano estaba muerta. ¡Pensaba en sus hijos! Una

tarde en que el pálido sol del invierno bañaba las colinas, Davud se hizo trasportar delante de su tienda, y mientras movía entre sus dedos el rosario de cuentas de ámbar, exhaló el último suspiro.

Davud era mahometano; pero Emineh, hija de una circasiana, de religión griega, había sido convertida al cristianismo por sor Estefanía, perteneciente á la hermandad de San Vicente de Paul. Los khirgizes respetaron el luto de la joven princesa; pero despues opinaron que debía contraer matrimonio.

Entretanto, Cher-Alí, emir de Cabul, ambicionaba anexionarse las estepas; y el fallecimiento de Davud presentósele como una ocasión singularmente favorable.

No conocía á Emineh: dada su educación oriental, ¿qué importancia tenía una mujer ante sus ojos? Su resolución fué inmediata.

Cher-Alí no era solamente una de las muestras mas puras de raza árabe, mezclada con raza mongólica; si eran los rasgos de su fisonomía altivos, y sumamente noble su actitud, también su corazón era generoso y vasta su inteligencia.

Poseía muchos idiomas, incluso el francés; era apasionado por las artes, y hasta en ciertas ocasiones dedicábase al cultivo de la poesía. Había compuesto canciones amorosas y guerreras. Su fama era muy extensa.

Cuando Emineh tuvo noticia de que su poderoso vecino se acercaba, sintióse poseída de una turbación inmensa.

Presentía que bajo el pretesto de darla el pésame, Cher-Alí trataba de visitar sus Estados tal vez con preconcebida idea de conquista. Pero en todos los países conviene saber hacer frente á las adversidades. Así que cuando Cher-Alí y su caravana fueron divisados á lo lejos, la princesa salió á su encuentro cabalgando en una jaca árabe cuya frente veíase marcada con la estrella blanca. Emineh iba vestida al estilo oriental, pero sencillamente, sin la profusión generalmente usada por las mujeres de aquella raza.

Al verla atravesar de este modo el desierto, entre el triunfo de la pompa bárbara, con el redoble de los tambores, en medio de estas melodías uniformes y ruidosas, rodeada de sus guardias vestidos con trajes pintorescos y raros, se la hubiera tomado por la reina de Sabá.

La recepción fué digna de ambos huéspedes; una majestad solemne, una dignidad silenciosa presidió á todas las ceremonias. La comida bajo la tienda prolongóse mucho, sin que durante ella se cambiara una sola palabra. Concluido el festín, empezaron las músicas á llenar los aires. Al día siguiente apenas nació el alba Emineh y Cher-Alí partieron á la caza. Regresaron al medio día muy

fatigados; y encontraróse de nuevo durante la comida de la tarde en circunstancias iguales á las del día anterior. Solamente que Emineh se hallaba rodeada de sus servidores militares, los cuales eran una docena de khans jóvenes, cuya nariz en forma de pico de ave de rapiña y cuyos ojos de águila, no impedían que en aquel momento estuvieran impasibles como fakires.

Cher-Alí se mostró aquella tarde alegre y cordial como no se le había visto en mucho tiempo. Improvisó una galante poesía, referente á la felicidad de conocer á su vecina; y mientras pronunciaba los versos con el fuego contenido y el ardor secreto de los poetas árabes, miraba muy fijamente los ojos de la princesa, como si ellos fuesen la única fuente inspiradora de su génio.

—¡Tened cuidado!—dijo al día siguiente sor Estafanía á la princesa.—No olvidéis que sois cristiana.

Cher-Alí se había vuelto melancólico. Parecía estar en un éxtasis continuado. Para distraerse pasó una revista, hizo una parada. Pero el tiempo transcurría y era necesario volver á Cabul. Su pueblo, inquieto lo llamaba. Era preciso abandonar la estepa, precisamente cuando había terminado el invierno y empezaría la estación floreciente...

El emir decidióse, pues, á hacer su declaración. Hablaba perfectamente esa lengua árabe que parece el idioma genuino de los ardores. Una noche tibia y encantadora, delante de la tienda y bajo un cielo tachonado de estrellas, prorrumpió en dulces acentos, en estrofas ardientes, en inflamados ditirambos. Prodigó todos los énfasis naturales de aquellos países y vertió su corazón á los piés de Emineh como se vierte un pomo de esencias sobre los tapices de Esmirna.

La princesa escuchaba con prudencia aparente, pero con el alma embriagada. ¡Ella también sentíase bajo el dominio de la pasión amorosa; ¡Ella tenía en su pensamiento reflexiones oscuras, cuyo sentido era un misterio, pero cuyo encanto era dulce y poderoso! Todo lo que le decía Cher-Alí lo comprendía y lo experimentaba de igual manera...

Mas tarde, cuando el curso de la pasión legítima permitiera las expansiones, ¡oh! entonces ella encontraría igualmente los mil matices que coloran el prisma de las almas.

—¡Te llevaré á mi ciudad: serás la reina; pasaremos días benditos; nuestra vida entera será como un jardín de flores celestiales!

Así habló Cher-Alí.

Trascurrieron algunos días. Emineh reflexionó.

Quiso reinar ella sola en el corazón de su apasionado, excitándole á que disolviera su harem. Cher-Alí no pudo acceder.

Este acto hubiera producido una revolución y la pérdida segura de su trono. Así es que el matrimonio dejó de verificarse, y Cher-Alí volvió á Cabul desesperado.

El desenlace de esta romántica aventura es recordada aun en las estepas, bajo la tienda, mientras se bebe el koumi y se oye tañer la mandolina.

Sor Estefanía demostró á la desgraciada Emineh que únicamente Dios cura ciertas heridas.

La princesa tomó el velo de las hermanas de San Vicente de Paul; y por un contrato que aprobaron los *khans* tártaros, legó á Cher-Alí todos sus terrenos. Este aceptó y protegió siempre las estepas con mas eficacia que Cabul.

Antes de la partida del autor de este relato auténtico, el emir le enseñó un cofrecito incrustado de oro y de piedras preciosas, el cual contenía una soberbia cabellera negra de reflejos azulados; la cabellera de Emineh.

La había conquistado á viva fuerza, amenazando con incendiar el convento si no se la daban. Sabía que la ceremonia religiosa imponía aquel sacrificio, y se estremecía al pensar que la reliquia de aquellas preciadas trenzas podía dispersarse por el mundo.

Al cerrar el cofrecito, el emir tenía los ojos brillantes y fijos. ¡Un hombre como él no podía llorar en presencia de un extraño!

¡Tal vez el secreto de la política del emir se encuentre en este relato! ¡Quizá el oído hacia los cristianos ha sido el inspirador de su diplomacia! Lo cierto es que desde la entrada de Emineh en el convento, Cher-Alí se propuso hasta la muerte este único objeto: la expulsión de los rusos y de los ingleses.

En Oriente, lo mismo que en Occidente, uno de los procedimientos para investigar la verdad, puede consistir muchas veces en esta pregunta: «¿Quién es ella?»

X.

PREGUNTA, CONTESTACIÓN Y RÉPLICA

ME ama V. ? á cierta hermosa
Quise un día preguntar;
Y ella costestó calmosa
Que por ser tan grave cosa
Lo tenía que pensar.

Mas yo que sé que quien piensa
Calcula, y que, en conclusión,
Del egoismo en defensa,
Todo cálculo es ofensa
Que hace al alma la razón;
Le repliqué: pues me ofende

Su frase provocadora,
Calcule lo que se vende;
Pero, como V. comprende,
¡Yo no me vendo, señora!

ISIDORO FRIAS FONTANILLES.

LA VIEJA

TRADUCCIÓN DE IVÁN TOURGNEF

Yo caminaba solo por una vasta llanura.
Y de repente parecióme oír pasos ligeros y furtivos detrás de mí.

Alguien seguía con precaución mis huellas.

Volví la cabeza, y me encontré frente á frente de una vieja de poca estatura, encogida y completamente cubierta de harapos grises que solo dejaban á la vista su rostro sombrío, arrugado, sin dientes y con una nariz excesivamente puntiaguda.

Dí unos pasos en dirección suya. Ella se detuvo.

—¿Quién eres? ¿Qué deseas?—le dije.—¿Eres una mendiga? ¿Esperas que te dé una limosna?

La vieja no contestó. Me acerqué más á ella y noté que sus ojos estaban cubiertos de una de esas membranas blanquecinas que tienen ciertos pájaros y con las cuales se preservan del vivo resplandor del sol.

Pero las membranas de la vieja no tenían movimiento ni dejaban al descubierto las pupilas.

Esto me indicó que estaba ciega.

—¿Quiéres una limosna?—repetí.—¿Por qué me persigues?

La vieja se mantuvo callada como antes, sin hacer otra cosa que encogerse cada vez más visiblemente.

Separé, pues, la mirada de ella, y seguí mi camino.

Pero al poco rato escuché nuevamente detrás de mí aquellos pasos ligeros, cadenciosos, furtivos.

—¡Todavía esa mujer!—pensé.—¿Qué interés puede tener en seguir mis huellas de este modo?

Pero en seguida añadí mentalmente:

—Probablemente está ciega... Habrá perdido el camino, y seguirá mis pasos al oído con objeto de llegar detrás de mí en algún lugar habitado. ¡Sí, sí, eso será!

Mas poco á poco fué apoderándose de mi espíritu una inquietud extraña. Parecíame que en realidad la vieja no iba en seguimiento mio, sino que me dirigía, me empujaba, ora á la derecha, ora á la izquierda, y que le obedecía involuntariamente.

Sin embargo, continué mi camino... y he aquí que de improviso observé delante de mí una cosa negra que se ensanchaba y se abría como un agujero en la tierra.